

VIDA Y ESCRITOS

DEL R. P. FEIJÓO.

(CONTINUACION.) (1)

Para completar este cuadro, vamos á permitirnos trasladar aquí algunas noticias muy curiosas é interesantes, que entre otras muchas, acerca de los últimos años del P. Feijóo, hemos tenido el gusto de ver en un bien escrito discurso inaugural, leído en la Universidad de Oviedo por D. José M.^a Anchoriz, Catedrático de Geografía histórica de la misma escuela, en el curso académico de 1859 á 1860; y que, tomadas á la letra, dicen así:

«Su inclinación dominante fué el estudio, su primera virtud la caridad. Recibidos sus escritos con entusiasmo indecible, circularon por todos los puntos de la península, y por muchos del extranjero, produciendo su venta cuantiosas sumas. Con ellas se cree fué edificada una casa en esta capital; y como, según la constitucion de su órden, no podian los monjes poseer ninguna clase de bienes, fué autorizado por ella para disponer de los productos de sus obras, y aun impetró y obtuvo de Su Santidad la dispensacion conveniente. Jamás le pidieron limosna que no diese; y solia decir llorando que un pobre virtuoso á quien socorria diariamente de su propia mesa, le habia de llevar al cielo de la mano. Si en algo su conducta contrarió á sus palabras, fué en esto; pues escribió sobre la discrecion en el ejercicio de la limosna, al paso que á nadie la negaba. En los años de 1741 y 42, en que las cosechas fueron muy escasas en toda Asturias, invirtió en granos considerables cantidades con que socorrió á los pobres

(1) Véanse los números 68, 69 y 70 de esta Revista.

en su miseria, y á los colonos para la siembra; distribuyéndolas unas por su mano, y otras por medio de comisionados que tenia en las aldeas. Los mendigos acudían en tropel á la portería del Colegio á demandar una limosna, y cuando se hallaba cerrada, les arrojaba monedas desde la ventana de su cuarto.»

«Así vivió hasta la edad de ochenta y siete años, demostrando con su ejemplo, como lo sostuvo con su doctrina, que las tareas literarias pueden conciliarse con la longevidad. La sordera y la debilidad en las piernas fueron los únicos achaques de que adolecía, hasta que el 25 de Marzo de 1764, á la sazón de hallarse en la mesa, sintió grande dificultad en el habla, acometiéndole á seguida un acceso de fiebre, que recibió gradual incremento. Tomadas ante todo las disposiciones convenientes al bien de su alma, hizo de la manera que le fué posible la protestación de fé, y con extraordinarios esfuerzos pidió perdón a toda la comunidad. Quiso hacer en este trance dos promesas; una de ellas anunciada ya en el prólogo de sus *Cartas*, tomo IV, en que declaraba «que jamás faltó á la verdad y buena fé en cuanto escribió;» y la otra, que reservó para el artículo de la muerte, si Dios le conservaba el juicio, fué ignorada, porque no hubo medio de comprender sus demostraciones. Luego se llamaron los médicos por orden del Abad, quienes le propinaron una sangría pronta y copiosa. Mejor conocedor que ellos de su dolencia, hizo que le suministrasen á menudo agua fría, con lo que desapareció la calentura en el mismo día, probando la falibilidad de la medicina, y el acierto de los propios juicios. Libre del riesgo, se recobró algo; pero sus fuerzas continuaron en visible decadencia. La sordera se agravó de modo que nada oía, y no le fué posible salir de la celda, sino al claustro en un carreton, tirado algunas veces por los personajes que frecuentaban su trato. En él visitaba al Señor Sacramentado desde una tribuna del templo, y pasaba gran parte del tiempo en la oración. Todos los días oía misa en el oratorio de su cuarto, por indulto particular que Clemente XIII le concedió, al principio de su pontificado. Confesaba y comulgaba con frecuencia, principalmente en los días solemnes de la Iglesia y de la religion de S Benito.»

«En tan triste estado de salud, sin poder andar y privado del uso del oído y del habla, prolongó su existencia algunos meses. Su resignación para sobrellevar tantos disgustos edificó á cuantos le rodeaban; nunca mostró rostro displicente, no exhaló una sola queja; y ocasion hubo en que desearon los que le asistían verle enojado, para saber lo que le incomodaba; pero no lo consiguieron. El día 26 de Setiembre del citado año 1764, se le advirtieron síntomas que anunciaban una muerte cercana. El conoció que era llegado su postrer momento; recibió los auxilios espirituales con una devoción que edificó á cuantos rodeaban su lecho, y entregó

su alma al Redentor con impenderable tranquilidad.»

«Los monjes todos lloraron al compañero, modelo de virtudes y lumbrera de su religion; la ciudad entera acedió á contemplar difunto al que vivo siempre vió con respeto y admiracion. Se celebraron sus funerales el dia 28, con el aparato que permitia la regla de su órden benedictina, y se le enterró en el sitio más notable de la iglesia; en el crucero, al pié de las gradas del altar mayor. Poco tiempo después se colocó una hermosa lápida de jaspe de dos metros veintinueve centímetros de largo por un metro treinta y tres centímetros de ancho, con una inscripcion en el centro que dice así:

*Hic jacet magister F. Benedictus
Hieronimus Feijóo. Obiit anno
Domini MDCCLXIV etatis LXXXVIII.*

Y en la orla lleva la siguiente:

*Obiit die XXVI Septembris anno
MDCCLXIV, etatis suæ LXXXVIII.*

Como se ve, en esta lápida se indica su nombre, el dia de su fallecimiento y la edad. No obstante, se proyectaron otras en que se consignaban las prendas que más le habian realzado; mas sin duda se creyó que no habia menester elogios el que en su nombre llevaba inacabable fama. Pero entre todas ellas la más curiosa es la que él mismo indicó deseaba pusieran sobre su sepulcro, con la siguiente redondilla:

Aquí yace un estudiante
De mediana pluma y labio,
Que trabajó por ser sabio,
Y murió al fin ignorante.

Allí se acercan poseidos de respeto cuantos forasteros aficionados á las letras llegan á esta Ciudad; y si la falta de medios no lo hubiera impedido, esos preciosos restos tal vez descansarían entre nosotros dentro de la capilla de la Universidad, porque en 1843 acordó el claustro de la misma nombrar una comision que propusiera los medios para trasladar las cenizas de Feijóo á su capilla y erijirle un monumento decoroso. La comision cumplió su cometido; pero la centralizacion de los fondos de Instruccion pública privó de los recursos necesarios, y se suspendió la ejecucion del proyecto. Pero sería de desear llevarle á cabo, ó bien acudiendo al Gobierno ó bien por medio de una suscripcion, que no dejaría de producir lo necesario para tan pequeña empresa.»

«Aunque no habia ejemplar de que esta Escuela celebrase las exequias de ningun Catedrático, acordó su claustro, por unanimidad, tributarle los últimos honores, comisionando con amplias facultades á los doctores P. M. Fr. Pedro Lopez, Prior de Santo Domingo, y á D. José Villaverde, Catedrático de Cánones.

Se verificaron en los dias 26 y 27 de Setiembre del año de su fallecimiento con toda la pompa que fué posible. En el primero dijo una elocuente oracion latina el Dr. D. Pedro Francos; en el segundo pronunció su panegirico D. Alonso Francos y Aragon, Rector de la Universidad, Canonigo Magistral y Maestro-escuela de la iglesia cathedral. Asistió la capilla; y la concurrencia de convidados fué tan numerosa como lo permitia lo reducido del sitio. La comunidad de S. Benito, no satisfecha con sufragios continuos por su alma, quiso tambien celebrar horas solemnes. Se alfombró el pavimento de la iglesia, y en el centro se alzó un túmulo de tres cuerpos, cubiertos de terciopelo y adornados con abundantes epitafios é inscripciones, de depravado gusto la mayor parte. En lo alto se puso el busto del difunto, formado sobre el natural, en el momento de haber muerto, y de tal parecido que, como se colocó tambien la cogulla, además de las insignias doctorales, creia el vulgo reconocer su cadáver exhumado. En medio de un concurso que el templo no era bastante para contener; y en presencia del Obispo, magistrados y toda clase de personas de distincion, pronunció su elogio el P. Fr. Benito Uria, nada notable en verdad por el estilo, como casi todos los de su época, pero muypreciado por su exactitud en cuanto á los hechos; pues nada refirió que no hubiese experimentado ó que no supiese por testigos fidedignos.»

«De sus retratos, el que tiene todos los caractéres de autenticidad, segun dictámen de peritos, y que se cree tomado del natural, es el que posee la Sociedad de Amigos del Pais de esta Ciudad, pintado por Granda, cuando tenia ochenta y siete años, esto es, el último de su vida, y que conviene con el que aparece grabado al frente de algunas ediciones de sus obras.»

«Otro retrato existia (continua el Sr. Anchoriz,) que trasportado à Paris, sirvió de modelo para diferentes copias litográficas y cuya semejanza es muy dudosa. Respecto de su habitacion en el Colegio de S. Vicente, ni aun subsiste; porque destinado este edificio á oficinas de la provincia, ha recibido tan completa trasformacion, que es hoy difícil designar el espacio que ocupaba.»

Hecha, pues, la historia fiel y exacta de un varon tan eminente, réstanos enumerar tambien las obras que en prosa y verso produjo su fecunda inteligencia; porque así como las biografías de los grandes é ilustres capitanes no ofrecen, en nuestro sentir, interés alguno sin reseñar, al ménos, sus hechos de guerra mas culminantes; de la misma manera las de los literatos carecerían de importancia, sino se hiciese relacion en ellas del número de sus escritos, tanto publicados como inéditos.

En efecto, las mas notables producciones en prosa de tan preclaro ingenio son, sin duda, los ocho tomos de su *Teatro crítico universal*, que contienen ciento diez y siete discursos y una carta defensiva del Dr. Martinez y su respuesta al mismo, con un Suplemento á dicha obra, que formá el tomo Noveno, y que no aparece en las ediciones hechas despues de 1750; y los cinco tomos de sus *Cartas eruditas*, las cuales forman un total de ciento sesenta y tres. Los que hayan hojeado, siquiera sea someramente, estos dos monumentos literarios, no pueden ménos de comprender los profundos conocimientos de su autor en Ciencias exactas, físicas y naturales; en Economía y Derecho político; en Filosofía y Filología; en Religion y Moral cristianas; en Literatura y Artes; en Geografía é Historia; en Medicina, en Critica histórica y en algunos otros ramos del saber: brotando tambien de su pluma varios escritos ménos interesantes que, segun el biógrafo anónimo de Feijóo, son los siguientes:

• *Manifiesto* del Ilmo. Sr. D. Juan Abello Castrillon, Obispo de Oviedo, contra el P. D. Carlos Castañeda, sobre la fundacion del Seminario de misioneros de Contrueces que, aunque salió á nombre de aquel prelado, lo escribió el P. Feijóo. = *Sermon* predicado el dia de la dedicacion de la Capilla del Rey Casto en la Santa Catedral de Oviedo. = Dejó manuscrito un *Discurso sobre la adoracion de las imágenes*, completo. = Otro, titulado *Explicacion* del sentido de las proposiciones que se tildaron de órden de la Inquisicion en el discurso, *Sobre la importancia del conocimiento de las ciencias naturales para el estudio de la Teologia moral*. Esta explicacion fué aprobada de treinta y tres doctores salmantinos. = Algunas *Pláticas de año nuevo* y del *Primer lunes de cuaresma*. = Otras *pláticas* que parecen fueron hechas para cuando los padres generales de la Congregacion visitan los monasterios. = Quedò imperfecta una carta que tiene por título *Conviccion de un idólatra*. = Otras obras de las que emprendió en los últimos años dejó tambien empezadas, por haberse debilitado la memoria y el oido, y ya las fuerzas no le podian lisonjear en su avanzada edad la costumbre de escribir. A estas añade otra el Sr. Anchoriz, ya citado, notable, segun dice, por no haber sido publicada, y es un informe dado en 3 de Agosto de 1757, acerca de la preferencia que debian tener los regulares graduados sobre los llamados manteistas, que eran los seglares, para la obtencion de las cátedras. Este informe, que quizá se elevaria al consejero Director de esta escuela ó al Obispo de la Diócesis, como juez en las oposiciones á cátedras, es indudablemente obra suya.»

(Se continuará).

TOMÁS PERIAGO.

PÁJAROS Y FLORES.

BALADA:

Entre nubes de topacio
Aparece en el espacio
Claro el sol,
Y revisten sus colores
Los jardines y las flores
De arrebol.

Vuela, vuela seductora:
A otro mundo, blanca aurora,
Vé á lucir,
Que en celajes de oro y grana
Ya comienza la mañana
A sonreir.

Claro tinte refulgente
Poco á poco del Oriente
Rasga el tul;
Y al través de ténue velo,
Vá luciendo suave el cielo
Manto azul.

Entre bella melodía,
De crepúsculos el día
Viene en pos:
Y las flores sus encantos
Y los pájaros sus cantos
Dan á Dios.

=

(LOS PÁJAROS.)

Pío, pío,
Para ti cantamos, Dios mio,
Que apaciguas, irritado,
El estenso y azulado
Mar bravio.
Pío, pío.

Hacia ti volamos, Dios mio,
 Que protejes las bondades
 Y castigas las maldades
 Del impio:
 Pio, pio.

=

(LAS FLORES.)

Pia, pia,
 Para tí el ave, Virgen mía,
 Y nosotras la frescura
 Te mandamos con su pura
 Melodia.

Pia, pia,
 A tus pies el ave, Virgen mía,
 Y esperando enamorada
 Que tu boca nacarada
 Le sonría,
 Pia, pia.

En el bosque situado,
 Gime triste, enamorado
 Ruiseñor,
 Y del viento que se aleja
 En las alas va la queja
 De su amor.

Juega el aura en locos giros,
 Y en sus pliegues los suspiros
 Lleva al mar,
 Y en revueltas caracolas
 Va en la espuma de sus olas
 A espirar.

Esplendente y rojo arde
 Con las tintas de la tarde
 Claro el sol,
 Revistiendo en sus fulgores
 A las fuentes y a las flores
 De arbol.

A las olas dan los vientos
 Agitados movimientos
 Al correr,

Y de nuevo à sus encantos
 Flor y pájaros dan cantos
 De placer.

—
 (LOS PÁJAROS)

Pío, pío,
 Para tí cantamos, Dios mío,
 Que das esencia à las flores
 A los pájaros colores
 Y agua al río,
 Pío, pío,
 Hacia tí volamos, Dios mío,
 Que das brisas perfumadas
 Y mañanas sonrosadas
 Al estío,
 Pío, pío.

—
 (LAS FLORES.)

Pía, pía,
 Para tí el ave, Virgen mía,
 Y nuestra esencia suave
 Te mandamos, cuando el ave
 Su armonía.
 Pía, pía.
 A tus piés el ave, Virgen mía;
 Nuestra esencia has recibido,
 Como al ave, que en su nido
 De alegría,
 Pía, pía.

—
 En la montaña vecina
 El sol pálido declina;
 Denso túl
 Oscurece à la mirada
 De la bóveda callada
 El azul.

De la noche el negro manto
 A las luces el encanto
 Apagó.

Y se ven ligeras huellas
De fantásticas estrellas
Que encendió.

Y al ponerse allá á lo lejos
Claro el sol, con sus reflejos
De color,
Con sus ecos mas suaves
Despidieronse las aves
Y la flor.

(PÁJAROS Y FLORES.)

Pío, pío:
A ti te saludamos, Dios mío,
Desde el cáliz de las flores,
Que te mandan los olores
Y el rocío.
Pío, pío,
Proteje nuestra vida, Dios mío,
Para que en horas tempranas
Endulcemos las mañanas
Del estío:
Pío, pío.

JACOBO RUBIRA.

IMITACION DEL ALEMAN.

Antes las lágrimas de mis ojos
Regaban flores,
Y eran el arroyuelo manso
De mis amores.

Hoy las que vierto, riegan abrojos;
Y son torrentes,
Que huyen llevando mis ilusiones
En sus corrientes.

B. MELLADO.

SARUH

Ó

EL ALZAMIENTO DE LOS MORISCOS.

LEYENDA HISTORICA ORIGINAL.

(CONTINUACION) (1)

«Hay situaciones en que todo contribuye á dominarnos: el misterioso reposo de la selva, la oscuridad de la noche y el acento de aquellas palabras cuyo enigma no acertaba á comprender, despertaron en mí un temor invencible, y empujado por el espanto, me aparté de aquel sitio con ánimo de internarme hácia el punto donde esperaba encontrar á D. Gonzalo. Anduve al acaso mucho tiempo y ya comenzaba á notar que iba perdido, cuando de improvviso veo alzarse ante mí, como brotada de la tierra, una forma humana, y despues otras muchas, que fueron esparciéndose en distintas direcciones por el llano inmediato.

Con turbacion indescriptible apenas tuve aliento para ocultarme en el tronco de un añoso arrayan, á donde llegaban momentos despues los ecos bien perceptibles de varios aceros que se acometian. Temí por la vida de D. Gonzalo, cuya voz me pareció escuchar entre el rumor producido por el choque de las armas, y encomendándome devotamente á nuestra señora de la Almudena, desenvainé mi tizona y corrí presuroso hácia el lugar de la contienda. Era tarde yá; el ruido habia cesado súbitamente, y la misma soledad, el mismo silencio que poco antes, dominaba por doquiera en aquella inmensa bóveda de follaje.

Mi único pensamiento fué entonces salir de aquel lugar maldito y buscar el primer camino, lo que logré despues de múltiples pesquisas. Cuando llegué á Granada, ya era aparecido en el cielo el lucero, que señala los últimos pasos de la noche.

Inquieto por la suerte de D. Gonzalo, puseme á reflexionar seriamente lo que hacer debia para proceder á su busca, y en fuerza de pensar sobre tan raro suceso, hubome de asaltar tan

(1) Veáanse los núms. 49, 52, 57, 62 y 70 de esta Revista.

negra sospecha, que, aparecerse en la imaginacion, y quedar aterrado, obra fué de un punto.

En aquel diálogo que la casualidad llevó a mis oídos, creí ver descubierto el plan de una vasta conspiracion próxima á estallar. Explicado de este modo el misterio de nuestra aventura, avergonzabame de mi supersticion y de haber abandonado cobardemente á D. Gonzalo al enconq. de los conjurados.

Enardecido y receloso, fué mi primer impulso lanzarme à las calles de la ciudad, despertar con mi relato la indignacion de pueblo contra los hijos del Profeta, y volver al teatro de mi deshonor, para lavar la afrenta recibida. Mas cuando me disponia á llevar á efecto mi proyecto, oigo pisadas de un corcel que en el zaguan se detenia; acudo luego, y quedo confuso y turbado al encontrarme delante de D. Gonzalo, que decabalga-
ba ileso y tranquilo, de su alazan andaluz.»

«Hé aquí la explicacion de lo acaecido,—prosiguió el escudero, mientras el círculo de juglares se estrechaba interesado vivamente en el relato.

«D. Gonzalo habia sido apresado por unos salteadores muzlitas: fuertemente aherrojado le obligaron á penetrar en una cueva practicada bajo las ruinas de una antigua mezquita. En el recinto de aquella guarida, solo le dejaron con su desventura, y bajo la influencia de tan gran pesar, cedió bien pronto á ese letárgico sopor que algunas veces acompaña á los infortunios

En este estado creyó soñar que una figura blanca avanzaba hacia él, y tan viva llegó á ser esta sensacion que hubo de abrir los párpados y trató de incorporarse.

La sombra continuó avanzando, y súbitamente estas dos exclamaciones se confundieron en un solo eco.

—¡Saruh!

—¡Gonzalo!

En efecto, la hija del hagib, la doncella de las trenzas negras, la sultana del bosque de los abetos, era la misma que otra vez se encontraba á su lado, inclinada sobre él y desatando en silencio las ligaduras que le oprimian.

—Forzoso es que partas al momento, cristiano;—exclamó por último—rotas están tus ligaduras, y armas traigo con que te defiendas de tus enemigos. Sálvate, si no quieres que lllore con todo mi corazon.....

Saruh calló de repente, como reteniendo un fatal secreto pronto á huir de sus labios.

—La muerte no me arredra,—respondió D. Gonzalo,—ni la ira de esos miserables que esquivan el combate lanza contra lanza. Antes de alejarme he de saber el misterio de tu presencia en este sitio.

—Por el Dios de tu pueblo, abandóname: mi padre es el

caudillo de los guerreros que te rodean.

—¡Ah!—esclamó D. Gonzalo profundamente, al impulso de una sospecha.

—Yo he podido burlar la vigilancia de tus enemigos, embriagándolos con esencia de fuego, (1) y he venido hasta tí arriesgando mi vida, porque tú hubieras hecho lo mismo por mí.

—Pues bien, sígueme—la dijo D. Gonzalo.

—¡Seguirte! Nunca: mi padre me ama como la sombra al cuerpo.

—Y yo te idolatro con todo el poder de una pasión irresistible: te busco como busca la fuente el árabe del desierto. No esperes que sin tí me aparte de este sitio.

El acento resuelto de D. Gonzalo aterró á la morisca. En vano quiso hablar; vaciló una y diez veces y necesitó un penoso esfuerzo para decir:

—Injustos son los hados que me apartan de tí, padre mio; pero ha de cumplirse lo que está escrito, y yo no puedo dejar que muera aquel á quien por tan impenetrables rodeos me unió la mano del Altísimo.—

Y así diciendo enjugó la doncella las dulces lágrimas que de sus ojos se desprendían.

Guiado por ella salió D. Gonzalo de aquella ignorada mansion, y cuando la aurora se alzaba en el oriente maravillosamente ataviada con sus rojos celages de media luz, divisaron los fugitivos amantes las altas almenaras y minaretes de Granada, fantásticamente dibujados entre la tibia claridad del crepúsculo.

Saruh fué encomendada á la esposa del gobernador de la ciudad, y debidamente impuesta en los misterios de la fé católica, hoy debe recompensar los afanes de D. Gonzalo, cuya suerte envidian cuantos lograron admirar las raras prendas de virtud y hermosura que se reúnen en la conversa morisca.»—

Punto hizo aquí el escudero y la voz reprimida de los juglares, prorumpiendo en exclamaciones de júbilo, resonó nuevamente en los ambitos de la hostería.

Cuando aquellos alegres hijos de las musas abandonaron el salón, y el eco de sus voces se hubo perdido en las desiertas calles de la ciudad, Jussuff se dirigió con impaciencia hacia el lugar donde el hagib se había retirado á la llegada de los juglares.

El anciano salióle al encuentro con paso mesurado: sus labios, no profirieron una palabra, pero su semblante estaba pálido como la cera.

—Y bien,—observó Jussuff alarmado ante la calma horrorosa del anciano:—aun es tiempo; un acero que sepa buscar el corazón del malvado, puede impedir la afrenta que te aguarda.

(1) Licores espirituosos.

Hixén se estremeció, como si por sus miembros hubiese corrido una descarga eléctrica.

—Eblís (1) sin duda le protege,—exclamó con tono que en algo se parecía al rugir del tigre,—porque al señalármelo me arrebató los medios de llegar hasta él.

—Justo es Alah y nunca abandona á los creyentes,—le replicó Jussuff,—y acercándose más.—aun hay un medio,—prosiguió casi al oído del anciano;—mil ballesteros decididos esperan solo una voz para romper la odiosa coyunda del rey D. Felipe: habla y esos hombres de armas sembrarán el espanto, antes de muchas horas, en el recinto de esta ciudad rebelde.

El efecto que tales palabras produjeron en el hagib, es inexplicable: súbitamente enardecido, llevó la mano á la empuñadura de su corva gumia, y un fuego desconocido inflamó sus pupilas.

—El infierno te inspira,—dijo al fin;—quien sube por sendas escarpadas y retrocede cobardemente, se precipita en el abismo. Vamos y que esta noche resuene el primer grito llamando al pueblo mulsulman á la pelea.

Momentos despues, Jussuff abandonaba la hostería y cruzando algunas encrucijadas y callejuelas, se perdía en un miserable arrabal compuesto de apiñadas casuchas y barracas, que se destacaban en disonante contraste con los ricos palacios de la opulenta ciudad de los Abencerrages. Aquel era el barrio de la morería.

VI.

Aun no había transcurrido una hora, cuando el vasto salon de la *Hostería del Aguila*, estaba invadido por una turba inmensa y harapienta, cuyo bullicio tempestuoso aumentaba progresivamente, hasta trocarse en una infernal y confusa vocería.

Las palabras amenazadoras, las violentas pendencias y los ademanes furiosos, todo indicaba ciertamente que aquella era una asonada de la cólera popular.

El inflexible hagib, de pié, apoyado en una de las mesas que decoraban el ancho aposento, y haciendo sobresalir su voz sonora entre el ruido general, parecía el eje sobre que giraba aquella multitud desordenada.

De improviso, un morisco, cuya autoridad y gerarquía se revelaban por el ancho turbante de abigarradas sedas, por el cinto bordado de plata, y por el fino alquicel que le cubría, atravesando ligero por entre la *turba multa* que le abría paso, llegó hasta colocarse en frente del jefe de la sedición.

—¡Aben-Said! Alah te envía,—exclamó el hagib, fijando la vista con espresion de triunfo en el recién llegado.

(1) El diablo.

—Para impedir una tentativa funesta,—replicóle éste con tono de manifiesta reconvencion: y dirigiendo la voz à la asamblea;— ¿quién os ha dicho, musulmanes,—prosiguió,—que yà sonó la hora de desnudar vuestra valiente espada, ni de soltar al viento el abatido pendon verde?

—Desdichado,—le interrumpió el anciano con voz remisa:—otra luna más habrá llenado mi nombre de humillacion y de oprobio: escucha.

Y así diciendo arrastró á su interlocutor por entre la turba que los miraba con espresion estúpida, y fueron á sentarse en dos banquetas colocadas á lo largo de la pared.

Aben-Said supo por boca del anciano la historia que poco antes refiriera Godrin á los juglares en aquel mismo sitio. Sentia por la morisca el fuego de una pasion ardiente, impetuosa, profunda, y al saber que aquella noche debia desposarse con su rival, su corazon se estremeció con violencia, y espesas tinieblas como denso humo circundaron su alma.

(Se concluirá)

M. ESCOBAR.

Á MI QUERIDA NIETA,
EN SU TRÁNSITO.

Hija mia, ángel amado,
Tierna rama desprendida
Del viejo árbol de mi vida:
¿Por qué me has abandonado?
¿No sabes que eras mi encanto,
Mi delicia, mi vivir,
Y me dejas al partir
Sumido en amargo llanto?
¿Por qué robar su consuelo
Así à la pobre alma mía?
¿Por ventura, falta hacia
Un ángel más en el cielo?
Si por siempre te perdí,
Aunque tú goces allá
¿Qué dicha le queda ya
Al triste abuelo, sin tí?.....

¡Oh! perdona mi locura.
 ¡Con tal delirio te amé!.....
 Soy egoísta, lo sé;
 Pero ¡es tanta mi amargura!...

Ya que, cerca del Señor,
 Dichosa tu alma sonríe,
 Dile que piadoso envíe
 Tregua á mi intenso dolor.

A. ISAAC DEL CASTILLO.

A LA SAGRADA MEMORIA DE MI MADRE.

DE PROFUNDIS.

Sentado sobre la fría piedra de su tumba, donde apenas proyecta el crepúsculo de la tarde la amarillenta luz de sus últimos resplandores: convulso y seco el labio, hinchados los ojos del llanto que no deja brotar la intensidad de la pena: triste mi alma, como el cielo de otoño; agitado mi corazón, como el viento que arrastra las primeras hojas místicas de los árboles; yo he venido á hacerla una visita, y á pasar con ella, á su lado, la noche de los muertos.

Parecióme que los espíritus de los que descansan el eterno sueño, despertaban revoloteando en derredor de mi frente, y se agigantaban en la penumbra, como fantásticas apariciones, que me convidaban á desprenderme de las miserias de la tierra y á volar en alas de mis recuerdos á las regiones de lo infinito.

¡Qué calma la del sepulcro! ¡Qué silencio el de la muerte! ¡Qué brisa de eternidad se respira en sus umbrales!

Sentí en los primeros momentos apoderarse la zozobra de mi alma y después el miedo: ¡estamos tan acostumbrados al frívolo trato de los vivos, que nos espanta la compañía de los muertos!

Poco á poco fui serenandome y respiré con triste placer aquella húmeda atmósfera, saturada de suspiros y lágrimas: confuso tropel de recuerdos, aprisionados por el temor, vagaron libres en

mi fantasía; y sin darme cuenta de ello, doblaronse mis rodillas y quiso asomar á mis labios una oracion, que ya rezaba fervoroso mi pensamiento en el recóndito santuario de mi alma.

La oracion espiró en mis labios, que solo supieron dar salida á un prolongado lamento, que pudo con pena condensarse en estas únicas palabras: «Madre mia!»...

Y entonces, como si las sombras de los muertos hubieren querido ayudarme á formular una plegaria tan pura, que por el mismo Dios fuera inspirada, oí repetir estas palabras, que parecian salir del fondo de las tumbas, y cuyos ecos se perdían en el fondo de los cielos:

«De lo profundo, Señor, clamé á tí: Señor, mi voz escucha; presta tu oído á la voz de mi plegaria.»

«Tú eres la misericordia y en tí está la Redencion fecunda; ¿quien podrá sostener tu juicio, si pesas sus iniquidades?»

«Tu palabra sostuvo mi alma y sostuvo mi esperanza desde los primeros albores de la mañana hasta las sombras de la noche.»

Y se desataron las ligaduras de mis lábios y mi oracion se derramó sobre la losa del sepulcro, repitiendo:

«A tí clamo, Señor, de lo profundo de mi alma; tu palabra divina sostenga mi corazon y mi esperanza.»

Dulces recuerdos de la primera edad de mi vida; ilusiones que volábais en torno de mi cuna entre los blancos celages de la infancia: venid á orear mi frente abatida, como la flor, que troncha el cierzo del infortunio en la primavera de su existencia.

Recuerdos sublimes, que dormitais envueltos en la aurora de la esperanza, venid y dadme consuelo: venid y dadme alientos para acabar mi oracion.

Madre, madre mia; yo te llevo en mi alma, como tú me llevaste en tus entrañas: yo guardo fielmente tu recuerdo en el tiempo; ¿acaso no guardas tú el mio en la eternidad?....

Preciso es alejarme de la sagrada tumba, que guarda tus restos; pero tú nunca te apartarás de mí. ¡Descansa en paz!

Y como si mi súplica encontrára un eco, al perderse como el humo del incienso en las soledades del espacio, otra voz, dulce cual los arrullos que nos duermen en la cuna, murmuraba elevandose á los cielos:

«¡Dios mio, hacedlo dichoso!»

A. G.